

MARCOS LÓPEZ HERRADOR

# JAQUE AL IMPERIO

LA CAÍDA DE ROMA

II

NOVELA

SEKOTIA

© Marcos López Herrador, 2021  
© a la edición Editorial Sekotia, S.L., 2021

Primera edición: NOVIEMBRE DE 2021

WWW.SEKOTIA.COM

EDITOR: HUMBERTO PÉREZ TOMÉ ROMÁN  
COLECCIÓN NARRATIVA CON VALORES • NOVELA

«Está prohibida su reproducción por cualquiera que sea su proceso técnico, fotográfico o digital, sin permiso expreso de los propietarios del copyright. La Ley de Propiedad Intelectual, aprobado por Real Decreto Legislativo 1/1996, de 12 de abril atribuye al autor y a otros titulares la disposición y explotación de sus obras y prestaciones. Si usted, consciente o inconscientemente, permite que este producto sea divulgado en otra persona o personas diferentes a usted, debe saber que incurre en un delito tipificado por la Ley y que está permitiendo que otros se apropien de algo que no es suyo y por lo tanto es cómplice de un robo intelectual e industrial. Ser dueño de un ejemplar físico o electrónico de una obra no le convierte en dueño del contenido de esa obra. Existen claros límites en cuanto a lo que puede y no puede hacer con estos productos.»

Imprime: Romanyà Valls  
ISBN: 9788418414466  
Depósito legal: CO-815-2021

Hecho e impreso en España *Made and printed in Spain*

CAPÍTULO I. BRITANIA.....	13
CAPÍTULO II. ÁFRICA.....	27
CAPÍTULO III. CONSTANTINOPLA.....	37
CAPÍTULO IV. LA GRAN PARADOJA.....	47
CAPÍTULO V. BRITANIA.....	55
CAPÍTULO VI. RETIA.....	64
CAPÍTULO VII. CONSTANTINOPLA.....	72
CAPÍTULO VIII. ROMA.....	86
CAPÍTULO IX. CONSTANTINOPLA.....	97
CAPÍTULO X. TRACIA.....	108
CAPÍTULO XI. IMPERIO OCCIDENTAL.....	126
CAPÍTULO XII. GUERRA CONTRA MAGNO CLEMENTE MÁXIMO.....	140
CAPÍTULO XIII. ROMA.....	153
CAPÍTULO XIV. TESALÓNICA.....	168
CAPÍTULO XV. ROMA, CONSTANTINOPLA, TESALÓNICA.....	181

CAPÍTULO XVI. PARTE OCCIDENTAL DEL IMPERIO.....	197
CAPÍTULO XVII. MUERTE DE VALENTINIANO II.....	207
CAPÍTULO XVIII. PARTE OCCIDENTAL DEL IMPERIO.....	218
CAPÍTULO XIX. CRISIS ENTRE TEODOSIO Y EUGENIO.....	230
CAPÍTULO XX. LA BATALLA DEL RÍO FRÍGIDO .....	242
CAPÍTULO XXI. MUERTE DE TEODOSIO .....	259
CAPÍTULO XXII. DIVISIÓN DEL IMPERIO.....	270
CAPÍTULO XXIII. CAÍDA DE RUFINO .....	283
CAPÍTULO XXIV. EUTROPIO ALCANZA EL PODER.....	295
CAPÍTULO XXV. ESTILICÓN CONTRA ALARICO EN EL EPIRO.....	308
CAPÍTULO XXVI. CAÍDA DE EUTROPIO.....	317
CAPÍTULO XXVII. CAÍDA DE GAINAS.....	328
CAPÍTULO XXVIII. ALARICO INVADE ITALIA.....	343
CAPÍTULO XXIX. INVASIÓN DE RADAGAISSO.....	361
CAPÍTULO XXX. INVASIÓN DE SUEVOS, VÁNDALOS Y ALANOS.....	374
CAPÍTULO XXXI. ESTILICÓN CAE EN DESGRACIA.....	389
CAPÍTULO XXXII. MUERTE DE ESTILICÓN.....	401
CAPÍTULO XXXIII. TRAS LA MUERTE DE ESTILICÓN.....	415
CAPÍTULO XXXIV. PRIMER ASEDIO A ROMA .....	428
CAPÍTULO XXXV. SEGUNDO ASEDIO A ROMA .....	439
CAPÍTULO XXXVI. RECONOCIMIENTO DE CONSTANTINO III.....	450
CAPÍTULO XXXVII. PRISCO ATALO EMPERADOR.....	463

CAPÍTULO XXXVIII. «ALARICO ADPORTAS» .....	474
CAPÍTULO XXXIX. LA PUERTA SALARIA.....	486
CAPÍTULO XL. EL SAQUEO DE ROMA .....	497
CAPÍTULO XLI. ALARICO EN ROMA .....	511
CAPÍTULO XLII. MUERTE DE ALARICO.....	522
CAPÍTULO XLIII. CONSTANCIO, EL HOMBRE PROVIDENCIAL .....	533
CAPÍTULO XLIV. ATAÚLFO Y GALA PLACIDIA.....	544
BIBLIOGRAFÍA.....	565

CAPÍTULO I  
BRITANIA

A. D. 383  
1136 Ab urbe condita

Una vez más, Roma superaba una crisis que había puesto en peligro su existencia. La paz firmada con los godos parecía confirmar que la ciudad fundada por Rómulo y Remo había nacido para ser eterna. La derrota en Adrianópolis había sido una catástrofe solo comparable a Cannas, cuando Aníbal masacró a un ejército de ochenta mil romanos, sellando lo que pareció ser el fin. Seiscientos años después, a pesar del desastre sufrido en Tracia, donde se habían perdido dos tercios del ejército oriental, y los bárbaros habían mantenido contra las cuerdas al Imperio durante seis años, Roma parecía resurgir, como siempre, de sus propias cenizas. Nada en aquel momento parecía augurar que la civilización romana no tuviera como poco otros seiscientos años por delante. Nadie podía imaginar que, transcurridos veintiocho años, Alarico, un muchacho de entre los godos con los que se acababa de firmar la paz, tomaría la propia ciudad de Roma para saquearla.

El capitán no estaba de buen humor. La verdad es que, a bordo, estando al mando de su nave, no era fácil encontrarlo de buen talante. Esta era una de esas ocasiones en las que quienes

le conocían y habían navegado con él sabían que lo prudente era mantenerse alejados y seguir sus órdenes de inmediato, sin cometer errores. De él podrían decirse muchas cosas, pero de ningún modo que era blando en el castigo o que no era capaz de mandar que se tirase a alguien por la borda, si en su opinión no se cumplían a rajatabla las órdenes que daba con esa voz que, en medio de la tormenta, era capaz de superar a los propios truenos.

Manio Mucio Pansa llevaba toda su vida en el mar. De joven había servido en la armada imperial y siempre en el *Mare Britannicus*. Ingresó en la marina en cuanto cumplió la mínima edad exigida para enrolarse, navegando desde entonces en la *Classis Britannica*, flota que tenía su base en *Rutupiae* y que controlaba el mar entre la *Galia* y la isla de *Britania*. También vigilaba para evitar posibles incursiones de piratas sajones, tribus nórdicas y germanas del norte. Siempre diligente y disciplinado solía cumplir las órdenes sin demora ni dilación llamando la atención por las grandes zancadas con las que solía recorrer la cubierta, lo que le valió el cognomen de *Pansa*.

Cuando terminaron sus años de servicio, no fue capaz de alejarse de aquel mar que había llenado su vida, así que, con los ahorros que había conseguido reunir, algún préstamo y la cooperación de otros inversores, había adquirido una parte de la propiedad del mercante que ahora estaba bajo su mando. Era el típico barco preparado para disponer del mayor espacio posible para el transporte de mercancías. De aspecto robusto y sólido, estaba construido con la mejor madera de encinas de las *Galias*. Su casco redondeado, de aspecto rechoncho, estaba basado en el clásico diseño griego para las naves comerciales, y era de gran calado para facilitar su capacidad de carga. Las cuernas iban firmemente ensambladas con clavos de bronce, a la vez que calafateadas por dentro y por fuera con las mejores resinas, lino, cera y alquitrán. Enarbolaba dos palos: el mayor,

dotado de una vela cuadrada y una pequeña vela triangular, sobre aquella, que se usaba con poco viento; y un palo trinquete a proa notablemente inclinado, en el que se largaba una pequeña vela cuadrada. El timón era exterior y estaba situado a popa, en la aleta de estribor. Clito, pusieron como nombre al barco por ser esta una de las esposas de Neptuno de quién nació Atlas, y desde entonces, Pansa se dedicaba a la navegación comercial.

Que un marinero con su experiencia, con una edad cercana a los cincuenta años, que llevaba el mar grabado a viento y sal en cada uno de los surcos de su cara y en las cicatrices que exhibía orgulloso, hubiese aceptado el encargo de cruzar el canal, sin haber terminado aún el invierno, cuando toda navegación seguía suspendida hasta la primavera, era algo que solo podía achacar a su codicia. El alto precio pagado por el comerciante en lana y minerales metálicos que le había contratado en Gesoriacum, el puerto de la Galia más cercano a Britania, y que ahora se encontraba a bordo con sus acompañantes, le había convencido.

El tiempo había resultado engañoso, pues llevaba más de una semana estable, soleado y con pocas nubes. El hecho de cruzar por el punto más próximo a su destino, y tener la oportunidad de ganar una pequeña fortuna, le había llevado a cometer una negligencia de principiante, ya que no se puede dar por hecho el buen tiempo en esta época del año en un mar donde de repente una brisa apacible puede convertirse en la más feroz de las tormentas.

La primera parte de la travesía había resultado perfecta. Habían navegado a barlovento con viento de popa del sudoeste, pero, sin previo aviso, se habían empezado a formar unas nubes oscuras que se iban haciendo cada vez más negras y que amenazaban con alcanzar el barco en un tiempo tan breve que apenas dejaba otra opción que prepararse para lo peor.

Había que alejarse de la tormenta. Pansa soltó una patada a uno de los marineros que, con más agilidad de la que solía, supo moverse para evitar el golpe del que se habría acordado siempre, de no haberse sabido apartar a tiempo.

—¡Todos a las jarcias! ¡Desplegad las velas! —gritó el capitán con todas sus fuerzas, mientras señalaba el mástil en el que estaba recogida una de ellas.

—¿Qué ocurre? —preguntó el comerciante que se encontraba cerca de Pansa.

—Debemos intentar avistar la costa antes de que esa tormenta se nos eche encima —dijo señalando a través de la aleta de babor.

Al fondo, entre las negras nubes se pudo ver el destello del primer relámpago que tardó bastantes segundos en escucharse. La mar estaba muy picada y se había vuelto completamente gris. La espuma de las olas salpicaba la cubierta mojándolo todo. El sol había desaparecido por completo oculto tras un manto de nubes tan grises como el agua, y el viento comenzaba a adquirir una velocidad y fuerza preocupantes, haciendo cabecear a la nave de modo que la proa parecía entrar y salir del agua.

—Será mejor que tú y los tuyos despejéis la cubierta, domine.

El comerciante reunió al grupo de los que le acompañaba y dio instrucciones. Después volvió junto al capitán.

—Yo me quedo —le dijo resuelto.

La verdad es que ya tenía la ropa mojada y no veía la ventaja a meterse en el interior que, visto lo que se les venía encima, más podía convertirse en una tumba que en una protección.

—Como quieras, domine, pero va a ser peligroso.

Pansa, dejó de prestar atención al comerciante y se puso a rugir órdenes como un poseso. Los relámpagos se sucedían cada vez más cerca y los truenos se escuchaban antes. Se puso a llover con intensidad mientras la nave parecía cabalgar

sobre las embravecidas aguas. Las frías gotas de lluvia impulsadas por el fuerte viento parecían querer hincarse en la piel de cuantos se encontraban en cubierta, como si se tratase de cuchillos de hielo. Una hora más tarde, las condiciones habían empeorado, la tormenta casi estaba encima, pero al fin se veía en el horizonte la línea de la costa de Dubrae (Dover).

Tratando de proteger sus ojos de la lluvia y de las salpicaduras con una de sus callosas manos, el capitán escudriñaba el horizonte por encima de las olas para distinguir la costa entre lo que no eran más que sombras. Otra vez maldecía su suerte y el momento en que decidió cruzar el canal. ¿Qué era tan importante para aquel comerciante de Tesalónica que le llevaba a pagar una fortuna y asumir semejante riesgo? ¿Qué era tan importante que no podía esperar hasta primavera? Tanto los metales como la lana iban a seguir donde se encontraban.

—«Ahora me parece que no hay precio que pague la estupidez que he cometido, porque de esta no salimos» —pensó.

Acto seguido, mandó izar una vela triangular a proa que ayudó a estabilizar el barco.

Pronto acabaron por tener la tormenta encima, y la tempestad, la corriente y el viento atroz fueron arrastrando progresivamente el barco hacia la costa, en donde los acantilados calizos, aquellas paredes verticales que ahora parecían terribles, con sus más de cien metros de altura en algunos tramos, amenazaban con atraer la nave para destruirla.

—¡Rizad las velas! —gritó el capitán.

Ya no se podían tener desplegadas más que en la medida en que ayudaran a gobernar el barco. Había ordenado desplegarlas para alcanzar velocidad de modo que pudieran acercarse lo más posible a la costa de destino, pero una vez estaban en plena tormenta lo que podía ocurrir es que ayudaran a zozobrar al barco o partieran algún mástil. El viento arreció de tal forma que azotó el costado de babor de modo que inclinó el

barco hasta dar la sensación de que iba a volcar. Dos marineros cayeron al mar sin que nadie pudiera hacer nada para ayudarles y solo dio tiempo a ver dónde se encontraban agitando desesperadamente los brazos para pedir auxilio, un segundo antes de ser engullidos para siempre al abismo. El barco cabeceó así volcado, una vez más, haciendo que la amura de estribor se introdujera en el agua, antes de comenzar a enderezarse con pesada lentitud.

A estas alturas, el comerciante, cubierto con una capa de cuero impermeabilizado con sebo, que para nada le servía al estar ya calado hasta los huesos, había tenido ocasión sobrada de arrepentirse de no haber abandonado la cubierta, porque estuvo a punto de acompañar a los marineros en su caída si instintivamente no se hubiera agarrado a no sabía bien dónde y Pansa no le hubiese echado una mano.

Un marinero se acercó al capitán y le gritó con todas sus fuerzas al oído.

—Entra agua en la sentina —le dijo.

—¿Podemos achicarla?

—No lo creo —dijo el marinero mientras movía la cabeza negativamente.

—Haced cuanto podáis, debemos mantenernos a flote a toda costa —gritó a pleno pulmón.

Pansa quedó por un momento pensativo mirando fijamente la costa como si esperara algún milagro que pudiera salir de entre los acantilados, que presentaban mayor peligro a cada momento que pasaba.

—¿Ocurre algo? —preguntó el comerciante de lanas.

Manio Mucio Pansa se quedó mirándolo como si se tratara del mayor idiota que había visto en su vida.

—¿Puedo hacer algo? —insistió.

—¿Eres creyente? —preguntó el marino a su vez.

—Soy cristiano.

—Pues reza —dijo tajante—, y esperemos que lo hagas al dios correcto.

El capitán se alejó gritando nuevas órdenes. En realidad, cuando miraba hacia la costa no hacía otra cosa que tratar de visualizar, según su memoria, experiencia y conocimientos, en qué punto de la costa se encontraban y dónde y cuándo terminaban los acantilados de modo que pudieran atracar en una playa.

Las maderas crujían como si toda la estructura estuviera a punto de deshacerse en cualquier momento superada por una presión que sobrepasaba con mucho aquello que sus constructores habían previsto. La nave lo mismo se encontraba en la cresta de una ola dando la sensación de querer tocar las nubes, que se hundía en una sima rodeada de muros de agua gris y espuma blanca de la que parecía no saldría ya.

Parte de la tripulación se afanaba en sacar el agua mediante una cadena humana que traía cubos desde la sentina para arrojarla por la borda, al no dar abasto las bombas de achique, pero aquello no era solución y no servía más que para retrasar lo que a todas luces parecía inevitable, porque el barco respondía cada vez peor y era más difícil de gobernar.

El capitán hacía más de una hora que se había encaramado a una de las jarcias, subiendo a no más de media altura con ánimo de divisar una playa, antes de que la noche se cerrara definitivamente.

—¡Todo a babor! —gritó de pronto, mientras señalaba hacia la costa.

Con la agilidad de un muchacho bajó rápidamente a cubierta y se situó junto al timonel ayudándole con todas sus fuerzas a poner proa a tierra.

La maniobra no era fácil, pues tanto la intensidad del viento como la fuerza de la marea empujaban la nave contra los acantilados. Consiguieron separarse y dirigirse hacia la playa, pero

ahora navegaban contra un grupo de rocas que sobresalía del agua y que los relámpagos iluminaban en forma intermitente. Un golpe de viento movió el barco que dejó de ir hacia las rocas y pudo poner proa contra la playa de guijarros y arena. El fortísimo oleaje los impulsó hacia arriba, de modo que perdieron la vista de la costa que quedó debajo de ellos. La cresta pasó bajo la quilla para romper en tierra y el mercante cayó a plomo sobre un banco de arena, recibiendo el impacto como si se estrellase contra un muro. Una nueva ola lo empujó definitivamente contra la playa, volcándolo.

Embarrancar en la arena había resultado una experiencia terrible. Hubo una considerable cantidad de heridos y algunos muertos aplastados por los enseres que se convirtieron en armas mortales desplazándose sin control con el choque del buque. Dos de los ocho que acompañaban al comerciante habían muerto. El resto solo tuvo contusiones de mayor o menor consideración, pero no quedaron impedidos. La peor parte se la llevó la tripulación entre la que hubo varios heridos con daños atroces a los que no quedaba sino ayudarles a agonizar. Pasaron el resto de la noche haciendo lo que pudieron por los heridos y al amanecer enterraron a los muertos.

Con idea de pedir ayuda y enviarla, una vez que recuperaron los enseres que pudieron dentro de aquel caos, el comerciante se ofreció con los suyos para adelantarse hacia Rutupiae, que debía encontrarse a unas horas de camino hacia el norte. En la playa solo quedó desolación y un Manio Mucio Pansa maldiciendo la hora en que aceptó hacer esta travesía y al comerciante que se alejaba de la playa con su grupo.

En Rutupiae, encontraron acomodo en una taberna situada cerca de la dársena del puerto, junto a los almacenes de suministros militares. Allí permanecieron justo el tiempo necesario para recuperarse y enseguida continuaron camino a Londinium.

La ciudad era un antiguo asentamiento comercial llamado por los celtas «fortín del lago», Llyn Din en su idioma. En el año 43, cuando el emperador Claudio decidió anexionar al Imperio la isla, consolidó su posición controlando el sur al construir una fortificación en este lugar, que unió a la ribera meridional del río Támesis mediante un puente. En el año 60, la rebelión de Boudica arrasó Camulodunum, que hasta entonces había sido la capital administrativa de Britania, pasando a tener Londinium esa condición. Hoy era la capital de la provincia Maxima Caesarensis, una de las cinco en que estaba dividida la gran isla. Su magnífico puerto fluvial le garantizaba seguir siendo el principal centro comercial y por tanto de negocios.

No podía imaginarse un lugar más idóneo para que el comerciante de Tesalónica y su grupo adquiriese las mercancías que eran de su interés. Hicieron el recorrido desde Rutupiae a caballo, sobre animales adquiridos en aquella ciudad y, tras cruzar el puente sobre el Támesis y la puerta sur de las murallas, siguieron la vía principal que conducía al gran foro, dejando el palacio del gobernador a su izquierda. Atravesado el foro, lleno de bullicio, convertido en centro de reunión, de negocios y en mercado, salieron por el norte y se dirigieron a un alojamiento que disponía de cuadras para atender a los caballos, no muy lejos del anfiteatro y el fuerte ocupado por un destacamento militar perteneciente a la Legión II, Augusta.

Sin embargo, contra todo lo que pudiera pensarse, a los dos días, tras pertrecharse de cuanto necesitaban, continuaron viaje hacia el norte, en dirección a Eboracum, siguiendo la vía Ermine, la principal calzada que cruzaba la isla desde el sur.

El tiempo era pésimo. No había dejado de llover un solo día desde que habían cruzado el canal y ni una sola vez habían visto lucir el sol. A veces, llovía con fuerza, pero lo más frecuente era que cayera una ligera llovizna que hacía que la humedad

calara en los huesos, haciendo el frío más insoportable. A pesar de disponer de capas con capucha impermeabilizadas con sebo, llevaban la ropa mojada y no entraban en calor más que junto a la lumbre, cuando paraban en alguno de los pésimos albergues que encontraban de cuando en cuando al borde de la calzada.

A estas alturas, ya habían tenido noticias de la gran victoria obtenida por Quinto Aurelio Máximo contra los pictos y los atacotes en Valentia, la provincia que se encontraba más allá del Muro de Adriano, justo entre este y el Muro de Antonino, que solo dejaba fuera del control del Imperio las tierras altas de Caledonia, habitada por lo más salvaje de los pictos, escotos, venicones, atacotes y demás grupos de cultura druídica, siempre dispuestos a atacar a los romanos, a quienes después de trescientos cuarenta años seguían considerando invasores.

El grupo hizo noche en el último albergue antes de llegar a Eboracum.

—Así que comerciantes en lanas y minerales metálicos —dijo el dueño del establecimiento.

Se trataba de un hombre gordo, metido en años, calvo y desdentado que impostaba una sonrisa de falsa amabilidad y servilismo que no inspiraba confianza.

—¿Tienes alojamiento para nosotros? —preguntó quién parecía ser el líder del grupo.

—Claro. En esta casa siempre hay un lugar para gente distinguida como vosotros —dijo inclinándose levemente, tratando de agradar.

—Quisiéramos cenar algo antes de retirarnos a dormir.

—Por supuesto, tenemos un asado de caza como no habréis probado otro.

El dueño del albergue hizo un gesto para que le siguieran.

—No os preocupéis de vuestras pertenencias, ya nos ocupamos nosotros.

Los condujo a una estancia relativamente amplia, ilumi-

nada por algunas lámparas de aceite y un fuego que caldeaba el ambiente, cosa que agradecieron, pues el camino los tenía entumecidos de frío. El comedor se encontraba vacío.

—No suele haber demasiados viajeros en esta época del año —dijo el dueño del albergue—. ¿Os dirigís a la mina?

En Isurium, muy cerca, al norte de Eboracum, se encontraba una de las minas de plomo más septentrionales de Britania.

El comerciante se le quedó mirando, tratando de intuir si preguntaba por hablar de algo o se trataba de un chismoso.

—¿Es seguro el camino desde aquí?

El ventero lo pensó un momento.

—Bueno, es invierno aún, y en estos meses, la calzada no suele estar demasiado transitada. Los caminos solitarios tienen sus peligros, aunque no creo que tengáis demasiados problemas, porque el ejército está cerca.

—Bien, sirve el asado y que no falte vino.

—Enseguida, domine —dijo frustrado, al comprobar que no iba a satisfacer su curiosidad.

Al clarear la mañana el grupo ya estaba en camino. Llegaron Eboracum, atravesaron la ciudad y salieron por la puerta norte, pero en lugar de dirigirse a Isurium y su mina de plomo, tomaron el camino que se dirigía al campamento de la Legión VI Vitrix. Penetraron en una zona boscosa donde todos los ruidos de la naturaleza son posibles, y avanzaron hasta un punto en el que se hizo un extraño silencio. El comerciante alzó el brazo, haciendo ademán de parar. Todos miraron a su alrededor esperando cualquier sorpresa y echaron mano al arma que llevaban disimulada entre la ropa.

A su espalda se escuchó una voz.

—¡Si os movéis estáis muertos!

De entre los árboles comenzaron a aparecer legionarios a caballo, que les rodeaban. Se trataba de una turma de caballería de la sexta legión.

—¿Quiénes sois y a dónde vais? —preguntó el decurión.

—Somos comerciantes y nos dirigimos a la mina.

El decurión hizo una mueca y abrió ligeramente los ojos. Servía en la legión desde los diecisiete años y si algo sabía distinguir a simple vista era a un grupo de soldados, se vistieran de lo que se vistieran.

—Ya —dijo en tono irónico—. Pues este no es el camino y, de momento, nos vais a acompañar al campamento.

En el campamento, quedaron presos.

Aurelio Máximo, con las manos cogidas a su espalda, se movía en su estancia del pretorio con pasos cortos y rápidos de un lado a otro.

—¿Espías? —preguntó retóricamente al tribuno que le informaba de la detención del grupo de viajeros— ¿Pero espías de quién? Eso es una tontería. ¿Y dices que se trata de gente de armas?

—Así es, domine. Son soldados o lo han sido, no cabe duda.

Máximo no hacía sino darle vueltas en su cabeza al asunto.

—No son espías. Son asesinos. Esta gente ha venido a matarme —dijo al fin—. Torturadles hasta que confiesen.

—Como ordenes, domine.

El tribuno dio media vuelta y salió para cumplir la orden recibida.

El jefe de la guardia entró a continuación y se mantuvo firme ante Máximo.

—¿Qué quieres? —dijo de mal talante.

—El centenario Cayo Fosco desea hablar contigo.

—Este no es momento. Que te diga de qué se trata —dijo haciendo un gesto con la mano para que se retirase.

El jefe de la guardia salió, pero volvió a entrar al momento.

—Insiste en hablar personalmente contigo, domine. Dice que es muy importante. Tiene que ver con los detenidos.

Máximo se paró en seco y miró con extrañeza a su interlo-

cutor con la cabeza tan baja que su barbilla parecía tocarle el pecho.

El centenario Cayo Fosco no era un oficial cualquiera; se trataba de un Primi Ordines, uno de los cinco centenarios que, al mando del Primus Pilos, el de mayor rango de la legión, dirigían la primera cohorte de la Legión VI Vitrix. Guerrero heroico, era tan respetado por sus hombres como temido por los pictos contra los que había luchado en varias campañas. Siempre había servido en Britania, salvo un periodo en el que trabajó para el servicio postal, que además de llevar mensajes de un lugar a otro, era el servicio de espionaje imperial. Allí fue durante un tiempo agente in rebus (agente para asuntos especiales). Era un hombre serio. Si insistía en ver a su comandante en jefe, convenía recibirlo, pensó Máximo.

—¡Que entre!

El centenario se cuadró ante su superior.

—Habla. ¿Qué es eso tan importante que tienes que decirme?

El legionario dudó un momento antes de decir nada.

—Mi información es muy confidencial. ¿Puedo acercarme a ti?

Tras dudar un momento, Máximo le hizo un gesto para que se aproximara. Casi al oído, el soldado le decía lo que había venido a comentarle. Los ojos de Máximo no hacían sino abrirse cada vez más y su cara se desencajaba de la sorpresa.

—¡No es posible! —dijo Máximo al fin.

—Te aseguro que no hay error, domine —dijo el centenario completamente convencido.

—Pero ¿tú sabes de quién estás hablando? No puedo creerlo. ¿Él aquí, en el extremo del mundo? —Máximo hizo una pausa— Te aseguro que si te burlas lo vas a pagar caro. Busca inmediatamente al tribuno y tráelo.

El tribuno no tardó en aparecer.

—¿No habrás empezado a torturar a nadie?

—No, domine, pero estábamos en ello.

Máximo hizo un gesto de alivio.

—Tráeme inmediatamente al líder del grupo.

El tribuno volvió enseguida con el prisionero. Nada más traspasar el umbral, a Quinto Aurelio Máximo se le desencajó la cara y sus ojos no podían estar más abiertos.

Hasta ese preciso instante, estaba convencido de que el centenario se equivocaba. Era imposible que se tratara de la persona que le había dicho, pues no tenía sentido alguno su presencia en estas tierras lejanas y abandonadas de la mano de todos los dioses. ¿Qué demonios se le había perdido a un personaje de su rango en el último confín de las tierras de Roma? ¿A qué había venido? ¿Qué clase de asunto podía requerir su presencia en aquel lugar y en aquel momento?

—¡Por todos los demonios! ¡Eres tú! No puedo creer que estés aquí, en el otro extremo del Imperio.

Acto seguido, se inclinó respetuosamente ante la persona que tenía delante.

## CAPÍTULO II

# ÁFRICA

A.D. 383

Al final del invierno, en el norte de África, la luz anticipa el buen tiempo que ya se avecina y parece querer envolverlo todo en un halo radiante que ilumina la próspera Cartago, capital de la provincia, un día destruida hasta los cimientos por Roma y más tarde reconstruida por Augusto.

Al este, a unas cincuenta y siete leguas, en las montañas de Numidia y rodeada de olivos, se encontraba la ciudad de Tagaste, conocida por su importancia como centro cultural, además de ser un centro comercial de cierta relevancia.

Romaniano era el mayor comerciante de aceite de la zona y surtía de su producto a Roma, tanto a través del puerto de Cartago como del más cercano de Hippo Regius, al norte. Era hombre que pasaba por poco de los cincuenta años, aunque no aparentaba tenerlos al ser alto, mantenerse delgado y conservar todo su pelo, que encanecía con cierta elegancia. Gozaba de gran prestigio en el mundo de los negocios y era reconocido como hombre culto que gustaba de proteger el talento y la cultura. Era conocido también como uno de los más notables seguidores de Mani y su doctrina maniquea.

—Prueba este aceite —dijo Romaniano a su huésped.

Este tomó pan, cortó un trozo pellizcándolo, lo introdujo en el tazón donde se le ofrecía el aceite y lo hundió varias veces con una atención y cuidado propios de quien aparenta ser un experto. Lo llevó a la boca y cerró los ojos para concentrarse en el sabor del manjar que se le ofrecía.

—Es magnífico —dijo mientras paladeaba el bocado—. Pocos aceites de oliva virgen como el tuyo.

—Gracias, querido Valerio. Me alegra que te guste.

Valerio tomó otro trozo de pan y volvió a mojarlo en el tazón.

—¿Cómo no va a gustarme? Tiene el sabor de mi tierra. Sabe a volver a casa. En Roma, como bien conoces, pueden probarse los mejores aceites de oliva del mundo, pero a mí no me sabe ninguno como el tuyo, y más aún cuando lo pruebo en tu casa.

Valerio Prisco era un hombre joven, que aún no había cumplido los treinta años. En realidad, fue su padre, Liberio Prisco, quien durante años mantuvo una fuerte relación de amistad y de negocios con Romaniano. No en vano, Liberio llegó a ser uno de los hombres más ricos de la capital y uno de los exportadores de productos africanos e importador de productos de lujo de Asia, Chipre y Alejandría que dominaban el gran puerto cartaginés. Fallecido hacía más de diez años, Valerio tuvo que hacerse cargo de los negocios familiares siendo muy joven. Fue entonces cuando encontró en Romaniano cuanta ayuda necesitó. Inquieto y ambicioso, Valerio no tardó mucho tiempo en trasladarse y fijar su residencia en Milán, una de las sedes del gobierno imperial, donde se había hecho un hueco en la corte de Valentiniano II.

—Breve ha sido tu visita en esta ocasión —dijo Romaniano.

—Sí, he aprovechado para revisar mis asuntos en Cartago, pero en realidad, lo que verdaderamente me ha traído a África es justamente lo que vengo a hacer en Tagaste.

Valerio guardó silencio al observar al sirviente que acababa

de entrar en el jardín donde se encontraban. El sirviente quedó inmóvil a cierta distancia con la mirada perdida en ninguna parte, esperando a que el amo se dirigiese a él.

—¿Sí...? —dijo Romaniano, reparando en su presencia.

—Aurelio Agustín desea verte, domine.

—No le hagas pasar, que espere un momento.

El sirviente salió tras inclinar la cabeza.

—Voy a recibirlo. No sabe que estás aquí —Romaniano hizo un gesto de complicidad y salió del jardín.

A Aurelio Agustín le extrañó que le hicieran esperar. No estaba acostumbrado a que le ocurriera en esta casa que le resultaba tan familiar. No en vano, su dueño era amigo de sus padres desde jóvenes, y él mismo tenía un trato íntimo y cercano con él. Sin olvidar que, en su momento, ayudó a sus padres cuando, al cumplir dieciséis años, le enviaron a Cartago para estudiar retórica y leyes con el afamado y gran jurista Macrobio. De hecho, fue a través de Romaniano como se había acercado al maniqueísmo. Su madre, Mónica, cristiana ferviente, al enterarse de eso, no le admitió en su casa y tuvo que vivir un tiempo en la casa en la que ahora se encontraba.

—Mi querido Aurelio —dijo Romaniano, mientras se acercaba con paso rápido y los brazos abiertos a su visitante.

—Salve, Romaniano. Me has llamado y aquí me tienes —respondió el recién llegado con una sonrisa.

—Ven conmigo al jardín. Te tengo una sorpresa que no esperas.

—¿Una sorpresa...? Me gustan las sorpresas y, viniendo de ti, tiene que ser buena.

Ambos abandonaron el peristilo para salir al jardín donde esperaba Valerio que se había puesto en pie.

—¡Aurelio! —dijo este.

—¡Valerio Prisco...! Querido amigo, sí que es una sorpresa.

Ambos se abrazaron fraternalmente con el afecto que solo saben tener los buenos y verdaderos amigos de siempre.

Eran de la misma edad, y amigos desde que tenían dieciséis años.

Cuando llegó a Cartago, por mediación de Romaniano, fue en la casa de Valerio Prisco donde se le acogió y donde vivió los años que duraron sus estudios. Con Valerio descubrió lo que era vivir en la opulencia y en la riqueza más desmedida. También descubrió que, siendo rico, se podía tener acceso a los placeres más extravagantes que hacían que la capital fuese conocida como la Babel del vicio. Ambos vivieron esos años entregados con frenesí al desenfreno propio de la pasión juvenil que solo aspira al placer del momento. Fue Valerio quien le puso como sirvienta a la esclava que le acabaría dando un hijo y que ahora vivía con Agustín.

—Traed vino —dijo Romaniano a uno de los sirvientes—. Sentémonos —dijo dirigiéndose a los dos amigos que acababan de reencontrarse.

—Te veo con muy buen aspecto, Aurelio —dijo Valerio mientras tomaba asiento—. ¿Cómo está tu hijo, el pequeño Adeodato?

—No tan pequeño, ya ha cumplido diez años. Es un hombrecito.

—Y tu madre, Mónica, ¿cómo sigue?

—Goza de buena salud y sigue con el mismo carácter. No me perdona que sea maniqueo ni que rechace convertirme al cristianismo, pero al menos ahora me acepta en su casa.

No se le olvidaba que, cuando volvió a Tagaste, para instalarse como profesor de retórica, su madre, al enterarse de que seguía las ideas maniqueas, se negó a aceptarlo en su mesa. Mónica era una cristiana convencida que estaba obsesionada con que su hijo se convirtiera a la que consideraba la verdadera fe. Lo había conseguido con Patricio, su marido y padre

de Agustín, que había aceptado el bautismo ya en su lecho de muerte. Ella habría querido que su hijo se llamase Constantino, en honor al emperador que había legalizado el cristianismo, y que tanto había hecho en su favor, pero su marido se empeñó en que se llamara Agustín, que significaba «pequeño Augusto», en honor al primer emperador. Mónica se sentía preocupada por la salud emocional de su hijo, un alma torturada por la búsqueda de la verdad que no acababa de encontrar sosiego. Estaba convencida de que en el cristianismo encontraría la paz que tanto anhelaba, y no entendía cómo estaba dispuesto a seguir antes las enseñanzas de Mani que las de Jesús.

Mani, que había vivido cien años atrás, decía de sí mismo que era el último profeta enviado por Dios a la humanidad. Los maniqueos creían en la eterna lucha entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas. En base a este principio, predicaban que el espíritu del hombre es de Dios y el cuerpo del demonio. El espíritu se encuentra prisionero de la materia corporal, por lo que eran partidarios de una estricta práctica ascética para iniciar el proceso de liberación de la luz atrapada. Despreciaban por consiguiente tanto el cuerpo como la materia. Zoroastro, Platón, Jesús, Buda y otros habían sido enviados a la humanidad para ayudarla en su liberación espiritual, y Mani era el último de los profetas. Sus seguidores podían pertenecer a los elegidos que pasaban su tiempo en oración, practicaban el celibato, eran vegetarianos, y a su muerte alcanzaban el Reino de la Luz, o podían pertenecer a los oyentes, que debían servir a los elegidos, podían casarse, aunque se les recomendaba no tener hijos, ayunaban todas las semanas, y a su muerte esperaban reencarnarse en elegidos. En la práctica, el maniqueísmo negaba toda responsabilidad humana por los males cometidos, al no ser producto de la libre voluntad, sino del mal que domina nuestras vidas.

—Me alegro de que tu madre goce de buena salud —dijo Valerio—. Y tú ¿cómo te encuentras? ¿Has hallado la verdad que tanto buscas? —añadió, cambiando de tema.

Valerio, como íntimo amigo que era de Agustín, conocía de su angustia y su intranquilidad espiritual que le llevaba a una búsqueda intelectual sin tregua por encontrar una respuesta que, sin embargo, a pesar de sus esfuerzos, le resultaba esquivada una y otra vez, generando en su alma un desasosiego que no parecía tener remedio. Esta incansable búsqueda de la verdad le había hecho renunciar a una prometedora carrera como abogado junto a su maestro Macrobio. Al terminar sus estudios, comenzó a trabajar con él y se había ganado un prestigio grande en los tribunales de Cartago actuando como abogado. Su erudición, talento, rapidez de reflejos argumentales, originalidad y osadía en sus planteamientos le llevaban a ganar la práctica totalidad de los pleitos en los que intervenía. Él sabía que unos casos los ganaba con justicia y otros los ganaba solo en base a su habilidad dialéctica, lo que le hacía sentirse un ser inmoral. Macrobio, su maestro y ya colega, le puso en la tesitura de tener que optar ante un dilema ético, pues, según él, para un buen abogado, no debería haber más verdad que la verdad judicial. Lo cierto es que Agustín optó y volvió a Tagaste para dedicarse a la enseñanza.

Agustín hizo un silencio como sopesando la respuesta.

—Sigo buscando —dijo al fin con una sonrisa escéptica.

—Veo que no cambias —le dijo Valerio, que sabía de lo que hablaba.

En ese momento entró en el jardín un esclavo con una bandeja en la que había una jarra de vino y tres copas. Le acompañaba otro sirviente para escanciar el vino.

—Sírvenos —le ordenó Romaniano.

—¿Qué tal por la corte de Milán? —dijo Agustín, aprovechando para cambiar de tema.

—Me complace decirte que me encuentro en una posición muy cercana al trono, en la que se cuenta con mi opinión. Mi papel en la intendencia del palacio me ha abierto muchas puertas.

—Y..., el hecho de no ser cristiano ¿no te supone un impedimento? —preguntó Agustín con curiosidad.

—En absoluto; más impedimento me supondría ser cristiano, si fuese católico —dijo Valerio sonriendo al ver el gesto de sorpresa que ponía su amigo—. Estos cristianos se han convertido en los peores enemigos de sí mismos. Valentiniano es un niño de doce años y su madre, Justina, es la que ejerce el poder, aunque el poder de la fuerza está en manos del general Merobaudes que, aunque se pretenda mantener en secreto, en la corte todo el mundo sabe que es amante de la emperatriz viuda. Pues bien, Justina es arriana y odia a los católicos. Trata por todos los medios de restaurar el arrianismo y devolver iglesias y basílicas a los suyos, pero Ambrosio, obispo de Milán, ultraortodoxo católico, y principal consejero de Graciano se opone a toda iniciativa que pueda favorecer a los arrianos.

—¿Crees que Justina tiene alguna posibilidad de conseguir lo que pretende? —preguntó Romaniano, interesado en cuanto estaba escuchando.

—No lo creo, podría haber tenido alguna posibilidad con Valente en el trono oriental, al ser un arriano convencido, pero Teodosio es católico sin contemplaciones y, aunque menos extremo, Graciano también lo es, sometido como está a la opinión y voluntad de Ambrosio. No hay que olvidar que Graciano ejerce también la tutela sobre su hermanastro, Valentiniano —dijo Valerio haciendo una pausa para tomar un largo sorbo de vino que paladeó con gusto—. Es por eso por lo que en la corte de Milán se pone más cuidado en estar contra los católicos que en evitar a paganos y otras sectas con tal de molestarlos. De hecho, el propio Merobaudes es seguidor de Mitra.

—Dime, querido amigo, ¿a qué debemos tu presencia en África? —preguntó Agustín— ¿Has venido a revisar tus negocios?

—Por supuesto, es lo que he hecho en Cartago.

—Supongo que estarás deseando volver a Milán. Sospecho que ahora todo esto se te queda pequeño.

—Efectivamente, he venido a dar una vuelta a mis negocios, pero no solo a eso —Valerio se quedó mirando directamente a los ojos a su amigo poniendo toda su intención—. Y a ti, ¿aún no se te ha quedado pequeña Tagaste?

—Veo que algo tienes en la cabeza —dijo Agustín intrigado.

—Sí, algo que es importante —dijo Valerio dejando la copa de vino sobre la mesa, echando su cuerpo adelante y apoyando sus codos en las rodillas, acercándose así a su amigo como reclamando una mayor atención e intimidad—. He venido para llevarte conmigo.

Agustín abrió sus ojos en un gesto de absoluta sorpresa, mientras Romaniano que al parecer conocía de qué iba aquello sonreía beatíficamente.

—Escúchame bien, querido amigo, hay una oportunidad que no puedes dejar pasar.

—Pero...

—No me interrumpas, te lo ruego. Escúchame con atención —dijo Valerio mirando a su amigo como reclamando su conformidad—. En la corte buscan a la persona idónea para ocupar el puesto vacante de orador. No tengo que explicarte las presiones que ejerce el obispo de Milán para que sea uno de los suyos quien acceda al puesto, pero las grandes familias senatoriales de Roma ven una oportunidad para situar en él a alguien que no sea cristiano. Soy muy amigo de Quinto Aurelio Simaco, le he hablado de ti, está dispuesto a apoyarte y quiere conocerte.

—Gracias por pensar en mí —dijo Agustín, una vez que

superó su sorpresa—, y gracias por venir expresamente, pero entenderás que debo pensarlo.

—Lo siento, pero no tienes mucho tiempo, regreso pasado mañana y espero volver contigo. No le des vueltas, esta es tu gran oportunidad, no la dejes pasar.

Valerio hacía un ofrecimiento sincero a su amigo, convencido de que le beneficiaba, pero tampoco se le escapaba que, si era él quien conseguía dotar el puesto de orador de la corte con una persona de su total confianza, su posición se vería afianzada y su poder aumentado.

En un primer momento, Agustín no se sintió inclinado a aceptar. Sabía que tanto su madre como su concubina y madre de Adeodato estarían por supuesto empeñadas en no separarse de él y acompañarle a cualquier sitio a donde quisiera ir. No era eso lo que anhelaba. No tardó en darse cuenta de que esta era la oportunidad que buscaba de iniciar una nueva etapa y liberarse de cuanto le hacía sentirse encadenado, y lo que en un primer momento le había parecido imposible, en unas horas se convirtió en algo irrenunciable. La decisión estaba tomada.

Era de madrugada y aún faltaba para el amanecer. Agustín se levantó del lecho procurando no hacer ruido. En un hatillo puso algo de ropa. Se puso la capa y fue a la cocina con idea de llevarse algo de comida y volver por su ropa. Estaba cogiendo las viandas cuando vio aparecer a su madre.

—¿Te vas? —le preguntó Mónica extrañada.

Él, que se vio sorprendido, en ese momento no supo qué responder, pero estaba acostumbrado a improvisar argumentos sobre la marcha y en peores circunstancias.

—No, claro que no. Es Valerio Prisco quien se va y yo quiero acompañarle parte del camino.

—¿Y esa comida?

—Es para Valerio —respondió seguro.

Agustín abandonó la casa y se fue en busca de su amigo.

Cuando Mónica se dirigió al cuarto de su hijo y vio el hatillo de ropa preparado, se dio cuenta de que su hijo la había engañado y que tardaría tiempo en volverlo a ver.